

Cuaderno rosa marmolado



El primero de los *Cuadernos de la guerra*, bautizado como «Cuaderno rosa marmolado», es el más extenso de los cuatro. Este cuaderno, con cubierta de cartón grueso, contiene ciento veintitrés hojas, quince de las cuales están llenas de dibujos infantiles (probablemente añadidos más tarde por el hijo de Marguerite Duras, Jean Mascolo, nacido el 30 de junio de 1947).

Las indicaciones cronológicas del texto hacen suponer que Marguerite Duras empezó a redactarlo durante el transcurso del año 1943. Las setenta primeras páginas están ocupadas por un largo relato autobiográfico, centrado en los acontecimientos de la infancia y en la adolescencia de la autora en Indochina (la primera versión conocida de su relación con aquel que habrá de convertirse en «el Amante»). Poco tachado y de una escritura regular, este extenso pasaje parece haber sido escrito de una manera bastante continuada. Aunque el texto haga a veces alusión a las reacciones de un potencial lector, evocado por un «se» impersonal, las únicas motivaciones explícitas de la escritura son personales: «Ninguna otra razón me lleva a escribir [estos recuerdos] sino este instinto de desenterrar. Es muy sencillo. Si no los escribo, los olvidaré poco a poco» (pág. 75). Sin embargo, algunos episodios se encuentran, en una forma apenas modificada, en obras publicadas (la novela *Le Boa* y sobre todo *Un dique contra el Pacífico*).

El resto del cuaderno tiene más tachaduras y es más fragmentario. Contiene diversos fragmentos de *Un dique contra el Pacífico* (donde

la primera persona deja progresivamente paso a personajes ficticios, Suzanne y Joseph), luego textos reescritos y publicados en la recopilación *El dolor*, titulados «Ter el miliciano» y «Albert des Capitales» [«Albert de Les Capitales»]. En la versión publicada cambian los nombres de los personajes: la protagonista, «Théodora» (o «Nano»), se convierte en «Thérèse». En el primer relato, «Albert» es designado con la inicial «D.» y «Jean» pasa a ser «Beaupain»; en el segundo encontramos a «Albert» y a «D.», en un principio bautizados como «Jean» y «Albert».

Fue en el transbordador entre Sadec y Sai donde conocí a Léo. Yo volvía al pensionado de Saigón y alguien, ya no sé quién, me había llevado en su automóvil al mismo tiempo que a Léo. Léo era indígena, pero vestía a la francesa, hablaba francés perfectamente y regresaba de París. Yo aún no tenía quince años, sólo había estado en Francia cuando era muy pequeña y Léo me pareció muy elegante. Llevaba un grueso diamante en el dedo y vestía de tursor de seda cruda. Yo nunca había visto un diamante como aquél más que en personas que hasta ese momento no habían reparado en mí, y mis hermanos se vestían de cotonada blanca. Dada nuestra fortuna, me resultaba poco menos que inimaginable que un día pudieran llevar trajes de tursor.

Léo me dijo que yo era una muchacha bonita.

—¿Conoce usted París?

Dije que no, enrojeciendo. Él conocía París. Vivía en Sadec. Había alguien en Sadec que conocía París, yo no lo supe hasta entonces. Léo me hizo la corte y mi asombro fue inmenso. El doctor me depositó en el pensionado de Sai y Léo se las arregló para decirme que «volveríamos a vernos». Yo había comprendido que era extraordinariamente rico y estaba deslumbrada. No contesté nada a Léo, tan emocionada e insegura me sentía. Regresé a casa de la señorita C., donde estaba interna

con otras tres personas, dos profesores y una muchacha dos años menor que yo que se llamaba Colette. La señorita C. cobraba a mi madre más o menos la tercera parte de su sueldo de maestra, mediante lo cual ella le garantizaba una educación consumada. Sólo la señorita C. sabía que mi madre era maestra; ella y yo lo ocultábamos cuidadosamente a los demás pensionistas, que se hubieran sentido celosos. El cargo de maestra de escuela indígena estaba tan mal retribuido que era muy despreciado. Yo misma lo ocultaba cuidadosamente y todo lo que podía. Al volver aquella noche a casa de la señorita C. me sentí dominada por la desesperación: me decía que Léo, que vivía en Sadec, no dejaría de enterarse de en qué trabajaba mi madre y no podría sino alejarse de mí. Yo no podía decírselo a nadie, y menos que nadie a Colette, que era hija de un administrador principal, ni a la señorita C., que me habría echado de su casa, cosa que, no tenía ninguna duda, hubiera matado a mi madre en breve plazo. Pero me consolé. Aunque Léo conociera París y fuera muy rico, era indígena y yo era blanca; quizá se conformara con la hija de una maestra.

Ser hija de maestra me había valido sinsabores en el colegio, donde no tenía trato más que con hijas de carteros y de aduaneros, únicos rangos equivalentes al de maestra de escuela indígena. La señorita C. me había aceptado gustosamente porque era de mente abierta y porque mi madre gozaba todavía de una gran reputación de honradez. Sin embargo, era a la vez más dura y más íntima conmigo que con Colette. Por ejemplo, la señorita C. tenía un cáncer bajo el seno derecho y no me lo enseñaba más que a mí en toda la casa. Me lo enseñaba por lo general los domingos a primera hora de la tarde, cuando todo el mundo había salido, después de merendar. La primera vez que me lo enseñó comprendí por qué se desprendía de la señorita C. semejante hedor, pero al ser yo la única a la que se lo enseñaba de toda la casa nos confería una especie de complicidad que yo atribuía a que era hija de una maestra. Aquello no me ofuscaba; se lo dije a mi madre, que cifró un cierto orgullo en esta señal de confianza. La escena tenía lugar

en la habitación de la señorita C. Ella se descubría el seno, se acercaba a la ventana y me lo enseñaba. Yo extremaba la delicadeza y contemplaba el cáncer durante dos o tres minutos largos. «¿Lo ves?», me decía la señorita C. Yo exclamaba: «¡Ah! Sí, claro, ya lo veo». La señorita C. guardaba de nuevo el seno, yo volvía a respirar, ella se abrochaba el vestido de encaje negro y suspiraba; entonces yo le decía que como era vieja aquello ya no tenía importancia; ella asentía, se consolaba y nos íbamos a dar una vuelta por el jardín botánico.

Mi madre había obtenido del gobierno general, en calidad de viuda de funcionario y en calidad de funcionaria (daba clases en Indochina desde 1903), una concesión de arrozales situada en la Alta Camboya. Estas concesiones se pagaban entonces en anualidades muy reducidas y no pertenecían a su beneficiario hasta pasados equis años después de haber sido puestas en cultivo. Mi madre, tras interminables trámites, obtuvo una enorme concesión de ochocientas cincuenta hectáreas de tierras y selva en un lugar perdido de Camboya, entre la cordillera del Elefante y el mar. Aquella plantación se encontraba a sesenta kilómetros de pista del primer puesto francés, pero este inconveniente no hubiera sido, en rigor, digno de tenerse en cuenta. Mi madre contrató a unos cincuenta criados que fue preciso trasladar desde Cochinchina e instalar en una «aldea» que hubo que construir enteramente en pleno pantano, a dos kilómetros del mar. Aquella época estuvo marcada para todos nosotros por una alegría intensa. Mi madre llevaba esperando aquel momento toda su vida. Además de la aldea, construimos una casa sobre pilotes al lado de la pista que bordeaba nuestra plantación. Esta casa nos costó en 1925 cinco mil piastras, una suma enorme para la época. Estaba construida sobre pilotes por las inundaciones; era toda ella de madera, que hubo que cortar, escuadrar y convertir en tablas sobre el terreno. Ninguno de los enormes inconvenientes que esto podía presentar detuvo a mi madre. Llevábamos seis meses seguidos viviendo en Banté-Prey (el nombre de la plan-

tación), pues mi madre había obtenido una excedencia de la Dirección de Enseñanza de Saigón. Durante la construcción de nuestra casa, de nuestras habitaciones, mi madre, mi hermano y yo vivimos en una choza contigua a la de los criados «de arriba» (la aldea estaba situada a cuatro horas en barca de la pista, por tanto de nuestra casa). Compartíamos en todo la vida de nuestros criados, excepto que mi madre y yo disponíamos de un colchón para la noche. Yo tenía once años entonces y mi hermano trece. Habríamos sido completamente felices si la salud de nuestra madre no hubiera flaqueado. El enervamiento y la alegría de vernos tan cerca de salir del apuro coincidió con su menopausia, que fue especialmente penosa. Mi madre sufrió entonces dos o tres crisis de epilepsia que la dejaban en una especie de coma letárgico, que podía prolongarse un día entero. Al margen de que era imposible encontrar un médico, el teléfono no existía en absoluto por aquel entonces en aquella región de Camboya y las crisis de mi madre consternaban y atemorizaban a los criados indígenas, que cada vez amenazaban con irse. Tenían miedo de que no se les pagara. Rodeaban la choza y se pasaban todo el día que duraba la crisis sentados en silencio en los terraplenes que la bordeaban. En la choza, mi madre yacía sin conocimiento y esteroraba quedamente. De vez en cuando, mi hermano o yo salíamos a decir a los criados que mi madre no había muerto y así tranquilizarlos. Mi hermano les decía que, aunque nuestra madre muriese, él juraba que los llevaría de regreso a Cochinchina costara lo que costara y que les pagaría. Mi hermano, como he dicho, tenía trece años en aquella época; era ya el ser más valiente que jamás he conocido. Hallaba al mismo tiempo fuerzas para tranquilizarme a mí y me persuadía de que no había que llorar delante de los criados, que era inútil, que nuestra madre viviría. Y efectivamente, cuando el sol desaparecía del valle detrás de los montes del Elefante, nuestra madre recobraba la conciencia. Aquellas crisis tenían de singular que no le dejaban huella alguna y que mi madre, desde el día siguiente, volvía a su actividad acostumbrada.